



Teléfono 22601. - Secretaría 25. - Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Año XXXI || Todos para uno = Octubre de 1938 = Uno para todos || Núm. 407

La incorporación de la mujer al trabajo

Como socialistas y como hombres hemos defendido siempre la incorporación de la mujer a la vida social y política de España con la plenitud de derechos y deberes que le están señalados al hombre en la Carta fundamental del Estado.

Abriremos de par en par las puertas a la mujer española para que penetre resueltamente en la Universidad y en el taller, en la fábrica y en los puestos representativos del Estado ha sido siempre una ambición ideal de todo socialista, cuyos perfiles de realidad viva empezaron a cristalizar al proclamarse la República.

Sabíamos perfectamente, al sembrar nuestra doctrina emancipadora de la mujer, que la causa fundamental que ha servido para inutilizarla como fuerza dinámica colaboradora de todo progreso social descansaba en la dependencia económica a que estuvo sujeta la mujer española por haber tenido cerrado todo camino de superación personal, al término del cual encontrarse con su propio esfuerzo de trabajo su independencia económica del hombre.

El ideal de la mujer quedaba limitado —por la fuerza coercitiva y viciosa del ambiente que la rodeaba— a procurar cuidar de su belleza física, sin pensar un instante en cultivar su yo íntimo, su conciencia personal, a cuyos dictados podía haber encontrado nuevas manifestaciones de su valor, muy superiores a los encantos físicos de su cuerpo.

Con estos antecedentes —que fueron y siguen siendo una realidad— no puede extrañarnos que la mujer española haya vivido al margen de todo conflicto doctrinal y que hoy sienta los horrores de la guerra por los desgarramientos que a su condición de mujer le producen los hechos trágicos que acompañan a toda convulsión dramática.

Si en épocas de aparente tranquilidad social hemos propugnado por fundir a la mujer en su vida de trabajo y de estudio al lado del hombre, hoy, que la guerra reclama la colaboración colectiva de todos los españoles para salvar la independencia de España, nuestro grito de antaño adquiere sentido de realidad que nadie puede desoír.

Ahora bien: una cosa es la incorporación de la mujer a la responsabilidad creadora de trabajo y dirección política de España, y otra, muy distinta, la de usar de la mujer para desfiles grotescos por las calles de las ciudades de la España leal, que nada tienen de constructivos y sí mucho de deprimentes. La mujer puede y debe sustituir el trabajo del hombre en muchas manifestaciones de la vida industrial. Por eso debe realizar su incorporación al trabajo, pensando permanentemente en que la ausencia del hombre a quien hoy sustituye, y con el cual tendrá que colaborar mañana, está motivada porque el hombre está en las trincheras defendiendo con su vida el derecho a alcanzar una victoria que permita afianzar para siempre la libertad y

la independencia de la propia mujer como ser humano.

Si esta mujer clava en su pensamiento esta verdad, comprenderá, a su vez, que para ser enfermera en un hospital no necesita adornar su cuerpo de ropas llamativas ni ostentar sobre su pecho cruces, más o menos rojas. Le bastará tener un corazón sensible al dolor y pensar que aquel herido, antes que hombre, es soldado, y como soldado reclama únicamente solicitud y cuidado para su carne rota.

La mujer, en el despacho, en el banco, en la fábrica, en la guardería, no necesita, para cumplir sus deberes de guerra, de madrigales de nadie de los que aquí quedaron, no siempre dignamente. Necesita sólo pulso sereno y voluntad firme para ordenar su trabajo y cuidar de los niños, a fin de que ni la producción ni los niños pequeños noten la ausencia de los que mueren por España. La incorporación de la mujer al trabajo quiere decir, compañeras de la España leal, que para vosotras empieza una nueva vida. Ya no precisará esperar al hombre para poder frecuentar universidades, escuelas, despachos, talleres y viajar por el mundo conociendo la realidad de la vida.

El trabajo se produce para vosotros en una posibilidad de escoger por vosotras mismas el camino a seguir. Una vez en marcha, si hubo error en la iniciación, el hecho de tener una profesión que os salva la dependencia económica del hombre facilitará la rectificación.

Pensad un instante cada día en el valor social que atesora esta conquista, y decidme si vale la pena destruirla al nacer para confundir el taller y el despacho en una prolongación del paseo diario donde antes esperabais la palabra galante del eterno «don Juan».

Pascual TOMAS

Valencia.

LA GUERRA QUE VIENE ESPAÑA EN EUROPA

Los periódicos llenan estos días las escasas columnas de que disponen con noticias alarmantes, cuando no catastróficas, acerca de la situación internacional. Europa se prepara para el trágico juego de la guerra. Se preparan todos. Los que amenazan y los que quieren disimular su miedo con vergonzosas humillaciones. Los que retiran sus fondos de los Bancos—los establecimientos bancarios suizos, que atesoraban tantas fortunas europeas, conocen la fuga de capitales desde hace unos meses—y los que ponen a buen recaudo—así, al menos, lo creen—los archivos de sus organizaciones internacionales.

Los países han llegado ya tan lejos en su funesta política, que para mayor escarnio llaman de paz, que difícilmente podrán evitar la guerra mundial; mejor dicho, la guerra no podrán evitarla por la sencilla razón de que ya existe. Hace tiempo que existe, aunque no haya sido declarada. La hay en España, siquiera algunas naciones aparenten cínicamente ignorarlo y hablen en tono peyorativo del «conflicto español». Como si el «conflicto español» no fuese—sin dejar de ser guerra civil, continuación de nuestras bárbaras guerras civiles del siglo XIX—una de las etapas de la gran guerra europea. La hay en Checoslovaquia, donde, en espera de la ofensiva armada con arreglo a los cánones de la muerte, ha comenzado ya la guerra civil, como en España, ayudados por «desconocidas» potencias extranjeras. La hay en Austria, pues, a pesar de la tranquilidad aparente, toda la sangre que se ha economizado con motivo de la anexión tendrá que derramarse en su día para recobrar su libertad. Como ha sucedido en España, que apenas si se vertió sangre para traer la República y ahora la vertemos a torrentes para conservarla.

Hay guerra, en realidad, en toda Europa—para no hablar más que de Europa—, porque no hay país donde las familias, los partidos y las instituciones no estén divididos con motivo de la significación ideológica de los combatientes presuntos y efectivos.

Y aunque en las informaciones de estos días no suene el nombre de España, el «conflicto español» juega papel decisivo en las conversaciones. Porque, según todas las apariencias, las famosas democracias europeas pensaron en su brutal egoísmo, creyendo que así se salvarían de la catástrofe a que conducen sus torpezas, que todo se arreglaría sacrificando a España y sacrificando a Checoslovaquia. Lo decidieron, claro está, sin contar con el pueblo español, ni con el pueblo checoslovaco. Y estuvieron chantajeando con el sacrificio de las víctimas. Hasta llegar al momento actual, en que no hay más remedio que hablar claro, porque las víctimas no se resignan a morir.

No solamente no nos resignamos a morir, sino que gracias a nosotros van a poder vivir las famosas democracias. Porque gracias a la heroica resistencia del pueblo español hemos dado dos años largos—¡y los que daremos!—a esos países para que se preparen para la guerra. Y, además, durante dos años largos hemos desgastado política, económica, material y humanamente a sus enemigos futuros. Y gracias a nosotros, a nuestra trágica resistencia, pueden permitirse el lujo esos países de hablar un lenguaje que hace dos años no hubiesen empleado. Por eso, si fuesen justos, deberían confesar su gratitud al pueblo español. Y exteriorizarla de forma contundente. Porque lo que no han hecho hasta ahora, lo van a tener que hacer de ahora en adelante. Ahí están las declaraciones del general francés Armengod. Claramente sostiene que cuando estalle la guerra, Francia e Inglaterra pondrán en pie de guerra efectivos similares a los que puedan levantar Italia y Alemania. Que las primeras batallas serán favorables al ejército italoalemán; pero que la victoria será segura del Ejército francoinglés si cuenta con la frontera hispanofrancesa. Es decir, si tiene que distraer fuerzas para defender los Pirineos, la lucha será difícil y peligrosa, casi catastrófica. Si, por el contrario, España es republicana, el triunfo en la contienda es seguro.

El lenguaje del general Armengod lo han entendido todos los franceses. Desde ese día miran con angustia la frontera hispanofrancesa y se preocupan—¡vaya si se preocupan!—del «conflicto español».

Rodolfo LLOPIS

16 de septiembre de 1938.

Sociedad de Albañiles El Trabajo

Suscripción pro campaña de invierno

Esta Sociedad, atenta siempre a todo lo que signifique ayuda a los combatientes, abre una suscripción, que encabeza con 10.000 pesetas, para engrosar la iniciada por el Consejo Municipal.

El motivo—huelga repetirlo—es el tercer invierno que nuestro pueblo sufre esta guerra de invasión, y los esfuerzos de los Poderes legítimos de España reclaman ayuda con que mitigar las necesidades de nuestro Ejército, que todo lo merece. Tras las gestas heroicas de Madrid se sucedieron las de Teruel, Levante, Extremadura y el Ebro, que ponen de manifiesto de lo que es capaz un pueblo cuando ve su independencia amenazada.

Creemos ocioso el estímulo al cumplimiento del deber con estos combatientes, tan merecedores de este nuevo sacrificio, pues todo lo merecen, y vosotros, que tantas pruebas tenéis dadas de solidaridad, continuaréis la historia de abnegación de nuestra victoriosa Sociedad.

En nuestra Secretaría se reciben diariamente los donativos, tanto en metálico como en prendas, de quienes deseen entregarlos para el Ejército, que tan alto está poniendo el pabellón de nuestra España frente a los Estados totalitarios, que pretenden invadirla. ¡Compañeros, todo por nuestros soldados!

LA JUNTA DIRECTIVA

Nuestra guerra a través de la frontera

¿Estallará la guerra en Europa? Aunque nadie lo cree, lo cierto es que nadie tampoco lo niega. Desde luego, de que estalle o no depende solamente de la manera de actuar de las fuerzas democráticas. El culpable de una guerra no será quien la declare, sino también quien no ha sabido evitarla, teniendo en sus manos elementos y fuerza para ello. Y este es el caso presente. Se viene observando con nuestra campaña una actitud sospechosa por parte de aquellas potencias que debían de estar interesadas en ella.

La situación de Europa, sin duda alguna, pasa actualmente por uno de sus momentos más graves y angustiosos. De las actividades que se adopten depende el porvenir del mundo. Todo parece presagiar la guerra. En cualquier momento y lugar puede surgir el incidente que provoque la gran tragedia. La situación creada por la provocación del fascismo alemán pone a Europa al borde de la guerra, y aquellas naciones que impasibles observan nuestra tragedia serán las que seguramente recogerán el fruto de su desdichada cosecha.

A pesar de todo el aparato bélico que Hitler ha puesto en juego para imponer a Europa su solución de los problemas que él mismo crea fuera de su jurisdicción, las potencias democráticas siguen desarrollando su política pacifista. Es indudable que abriga el propósito de evitar la guerra, y hasta estos momentos no hemos visto ninguna razón suficientemente poderosa para perder toda esperanza de que la eviten.

No es táctica adecuada la seguida con la política de «no intervención», a sabiendas de que a su amparo los estados totalitarios pertrechan a su lacayo en nuestro territorio. La política inglesa sobre la cuestión española no puede ser más desdichada. Ha tenido una virtud, sin embargo: la de que el pueblo inglés conozca demasiado bien a los hombres que lo gobiernan. Seguramente este dato sea esencial para evitar que los buenos demócratas británicos sigan todavía conociendo nuevas «virtudes» inéditas en el Gobierno inglés. El silencio de los patrocinadores de la «no intervención» nada oculta, ni nada calla. Los fracasos no necesitan de muchas palabras para aparecer tal cual son: como fracasos. Y en esto el Gobierno inglés tiene compañía, Francia, mucho más comprometida que aquél.

Italia y Alemania actúan como corresponde a su política. Por boca de uno de los más prestigiosos generales alemanes se dijo: «Francia e Inglaterra han perdido el Mediterráneo.» Esta aseveración se complementa con la pronunciada en el pasado mes de junio, cuando afirmó que «las posiciones que hemos conquistado — se refería al corte de comunicaciones — nos dan la posibilidad de cortar en momento oportuno el camino del Mediterráneo a Francia y la Gran Bretaña».

Esta es la realidad, sencilla y terrible a un mismo tiempo, de la invasión extranjera. En España se juega el porvenir de la democracia. Y junto con ella, la paz y el bienestar de Europa y del mundo entero. Lo que el fascismo invasor pretende es apoderarse de estratégicas posiciones

navales y fronterizas para asegurar sus proyectos. Si no fuera suficiente la cruda verdad de nuestro derecho y obligación a defendernos del enemigo que tenemos enfrente, bastarían las palabras del general «nazi» para luchar y recibir toda la ayuda de esas democracias entontecidas por un ex-

ceso de bobaliconería. Ya es hora de que abran los ojos. Nuestra invasión es el mayor peligro que se cierne sobre sus espaldas. No lo decimos nosotros solamente. Lo proclaman categóricamente las palabras del militarismo alemán.

Antonio ALBA

COMO ATACA EL ENEMIGO

Con todo lujo de armas nos ataca el enemigo.

Nosotros, con gran valor, a su empuje resistimos.

Con gran arrojo y valor rechazamos al fascismo;

en los frentes de Levante se lucha con heroísmo.

¡Héroes de tierra hispana que lucháis con entusiasmo,

hay que crecerse en la lucha y al invasor aplastarlo!

Aviación y cañones, tanques y mucho aparato,

para destruir España, el fascismo está empleando.

Mas no consiguen su objeto, que es desmoralizarnos.

La moral del combatiente está a prueba de metralla;

pues por mucha que nos tiren

siempre seguimos luchando por la defensa de España.

Con ardor y con coraje al combate nos lanzamos.

Buscando vamos la muerte, mas siempre nos acordamos

que defendemos a un pueblo que quieren esclavizarlo.

Un pueblo que ha de ser libre aunque no quiera el fascismo,

pues le defienden sus hijos luchando con heroísmo.

Nadie regatee su esfuerzo de ser útil a la guerra;

nadie se quede en su casa que un arma sostener pueda.

¡Todos a luchar al frente!

¡Todos en pie de guerra, todos, a aplastar al fascio

y echarlo de nuestra tierra!

Federico FRIAS

LOS ESCORPIONES

La burguesía, el capitalismo y todas las castas privilegiadas, cuando constituyan o constituyen algún organismo para contrarrestar los avances progresivos de la organización obrera, tenían o tienen en sus manos los factores más importantes para su empresa, cuales son el capital y los resortes del Poder.

Por eso debemos tener muy presente, para que en nuestro país esto no se repita, y al propio tiempo contribuir a que en el mundo no suceda y se corte de raíz este mal que asola a los pueblos, que es necesario a todo trance contribuir al descubrimiento de todas las riquezas ocultas para que éstas pasen a poder del Estado, así como a descubrir todos los amañes de nuevo estilo para desenmascarar a sus actores, pues no cabe duda que éstos existen y se mueven con más astucia que antes, porque entonces campaban a su libre albedrío.

Antes, muchos ricachos de los pueblos se llamaban liberales o republicanos de fulano o de mengano, pero burgueses y explotadores, al fin y al cabo.

estos mismos parásitos, con otro disfraz político y nuevo, novísimo y único en su vida de carácter sindical, sin arriesgar una sola de las pesetas acumuladas, siguen manejando los pueblos donde residen, salían del casino, administran las riquezas que produce la tierra, porque para ello tuvieron buen cuidado, al estallar el movimiento, de hacerse con un carnet sindical o político de nueva creación.

Ya se consideran con los mismos derechos, si cabe, más, a intervenir en la dirección de los organismos, a tasar y fijar precios hartos abusivos de los víveres o productos que han de ser exportados.

Y están encantadísimos, porque participan de los beneficios que la nueva modalidad les reporta en todos los órdenes.

Hoy ya no tienen necesidad de reunir en casa... a sus agosteros para,

con buenas palabras y un gran exceso de picardía, prometerles y hasta concederles al final de la recolección un poco más de trigo que el alcalde, el médico, el señor cura o el señor juez daban a los suyos.

Aquello pasó desapercibido. Ya no aparece en la cuadra a las cuatro de la mañana el «amo bueno», que decía a los gañanes con acento dulzón y cariño paternal: «¡Vamos, muchachos! Aparejad un poco más aprisa, porque ya van de camino los del señor alcalde.» ¿Para qué? No es necesaria su presencia.

Y en tanto, los que de verdad sentían antes grandes deseos de redención, ¿por qué consienten tener entre ellos a estos escorpiones?

Reflexionen bien los hombres sensatos. Saneen, tamicen, purifiquen los Comités u organismos que en tales condiciones estén, porque esta clase de bichos conservan muy oculto su veneno y no pierden ocasión de inyectar alguna dosis de él, como por desgracia se han comprobado ya algunos casos en el laboratorio político-sindical, perjudiciales a toda prueba para una nación que quiere vivir sin injerencias, muy sonriente del porvenir inmediato.

Para ello recomiendo, como siempre, sin ser maestro, esta lección: «Muchas empresas se han malogrado en el mundo por haberse desatendido una circunstancia muy leve. Y no es lo más difícil imaginar un plan, sino concertar bien los medios para llevarle a cabo.»

Esta circunstancia puede parecerles muy leve a algunos que consideran no constituyen peligro estos escorpiones bípedos, pues creen que en cualquier momento se les puede eliminar de un simple pisotón, como a los auténticos en pleno campo. Pero no es así; pues éstos van, como siempre fueron, con propósito de escalar y tomar posiciones desde las cuales ahogar en sangre a las nuevas generaciones.

Manuel PARAZUELOS

Censuras que no nos cogen

Muchas veces, al oír hablar de que los Sindicatos tienen necesidad de movilizar todos sus recursos con arreglo a las necesidades que nos impone la guerra, hemos hecho examen de conciencia para ver si a nosotros, como obreros de la construcción, nos faltaba alguna labor que realizar en este sentido.

Justo es reconocer, sin caer en la inmodestia de proclamar nuestras propias virtudes, que los trabajadores de la edificación difícilmente podrán echar mano de recursos que estén a estas alturas sin tocar todavía. Damos, desde el primer instante de la sublevación, y de una manera tan espontánea que nos enorgullece, cuanto éramos y cuanto valíamos. Nunca fué preciso que nos empujaran para cumplir con nuestro deber. Nuestra gente puede codearse, sin desdoro, con el resto del personal de otras industrias que más esté poniendo para ganar la guerra. Su trabajo es duro y peligroso, y su retribución no está sujeta a las ganancias que en otras industrias de guerra se logran.

A nosotros nos ha cabido la suerte inmensa de ser una industria de las que se cuentan como más útiles para la guerra. La labor de los Batallones de Obras y Fortificación, D. E. C. A., Grupos contra bombardeos y Grupos civiles de fortificación, así lo proclaman. Nuestro trabajo no produce dividendos; eso nos libra de estudiar de qué forma hemos de repartir las ganancias. No hemos hecho más incautaciones que de las palas y picos necesarios para ahorrar las vidas de nuestros hermanos combatientes. No sentimos la vergüenza de sostener en estos momentos elementos parados que, sin realizar una de tantas labores útiles como hay que realizar, cobre de la Caja de los Sindicatos.

No negamos que ciertas censuras, de las que nosotros nos encontramos libres, están sumamente justificadas en la actuación de otros Sindicatos de industrias determinadas.

No deja de ser doloroso que muchos compañeros que están al frente de Comités de control y de Empresa hayan cambiado su papel, y lo más lamentable es que la repercusión de ciertas actuaciones, cuando se hacen en nombre de los Sindicatos, vayan a perjudicar la moral de los Sindicatos mismos.

Ya se habla de exigir el funcionamiento de los organismos donde los trabajadores solventan sus quejas.

Tampoco creemos que exista quien se haga la ilusión que las incautaciones realizadas en los primeros momentos, cuando tantas cosas se hicieron de una manera anormal, hayan adquirido a estas fechas carta de propiedad particular o de tal o cual organismo sindical.

Que movilice los recursos quien los posea; pero a base de ponerlos todos de una manera total a disposición del Gobierno, única e indiscutible autoridad para regir sin regateos vergonzosos los destinos de la nación en todos sus aspectos.

Antonio GANCEDO

Este número ha sido visado por la censura

LA VOZ DE LOS FRENTEROS

Comisarios de Albañiles

Rompo de nuevo mi silencio, a través de nuestro querido periódico, para dedicar unas líneas a todos vosotros, camaradas albañiles.

Mi silencio no se debe a desganancia de colaborar con mis modestos artículos, sino simplemente por no disponer de tiempo para ello. Tan pronto como he tenido unos minutos emborrongo unas cuartillas y las lanzo hacia Madrid, con el fin de ponerme al habla con vosotros.

Por la conducta observada, por su trabajo, por la labor realizada, hoy el comisario ha conseguido un puesto de honor dentro del Ejército popular. Sin que esto quiera decir que quede excluida, por supuesto, la condenación de debilidades o el rectificar la conducta cuando las circunstancias lo aconsejen. Ahora bien; como balance glorioso quedará en nuestra historia la más profunda, más limpia y significativa la labor constante y abnegada en nuestra lucha de independencia.

La conducta ejemplar de cientos de comisarios, llena de heroísmo y sacrificio, ha conseguido que el Comisariado sea una pieza imprescindible dentro del Ejército.

Nació el Comisariado al mismo tiempo que nuestras gloriosas Milicias, cuando se sublevaron contra su patria los generales traidores. Fué el brote ansioso y vigoroso de la conciencia política y ciudadana de nuestro país, que desde el primer momento dió a la lucha el matiz político y significación histórica de nuestro pueblo, que no solamente tiene solera en nuestro suelo, sino en la humanidad entera.

No creo yo que para justificar el nacimiento del Comisariado en el Ejército popular sea preciso recordar el importantísimo papel que han jugado en la Revolución francesa y después en la Revolución rusa, tan semejantes estas guerras a la nuestra.

Tampoco creo necesario recordar el papel tan importante que jugaron los delegados del Comité de Salvación en la Revolución francesa, de donde puede decirse que arranca la idea de la incorporación de hombres civiles al Ejército para el desempeño delicadísimo de funciones de tanta importancia como son: mantener en todo instante en tensión la combatividad de las fuerzas; ejercer una vigilancia estrecha y el control de la dirección política de la guerra que da el Gobierno; intensificar el odio contra los enemigos de la democracia y explicar continuamente el significado de nuestra lucha y los fines que conseguiremos con nuestra victoria.

No es preciso señalar la importancia de los comisarios en la Revolución rusa, donde llegaron en muchos momentos a llevar la dirección de las operaciones.

En más de una ocasión en nuestra guerra se dan casos análogos. En el asalto, por ejemplo, al Ce-

rrro Rojo, cayó el comandante que mandaba las fuerzas, y un comisario acudió inmediatamente a ocupar su puesto. Otro caso es el División,

también surgió el comisario y supo mantener la moral de sus fuerzas y el espíritu combativo y de resistencia hasta que se nombró un jefe nuevo. Son bastantes los casos de esta índole que se suceden a lo largo de nuestra lucha. Los suficientes para mantener la afirmación de que el comisario es una pieza insustituible de nuestro Ejército.

También en nuestra propia historia de España el comisario tiene su tradición, como ocurre en el caso del alcalde de Móstoles o el de Agustina de Aragón. No son casos aislados, ni mucho menos, estos de personas civiles incorporadas a la lucha infatigable y sin desmayo contra invasores y traidores. Agitadores constantes, organizadores de la defensa y creadores de un gran espíritu de combatividad.

Es el comisario el producto de las guerras eminentemente populares. Es el resultado de la unión de todas las virtudes de un pueblo que lucha contra sus eternos enemigos de dentro y fuera, para oprimirlo, explotarlo, esclavizarlo y tenerle metido en la mazmorra bajo las garras opresoras de la fiera capitalista.

En una palabra: el comisario es el fiel reflejo popular, político y patriótico que anima a nuestros combatientes. Con sus actos y su conducta es el que reafirma las dotes más excelentes de libertad y prepara y consolida el mañana feliz de nuestra victoria sobre una base firme y potente. Nuevamente, desde este punto de vista, es el continuador de nuestra tradición.

Ejemplos vivos son en esta guerra Guadalajara, Brunete, Belchite, Teruel; la resistencia de Madrid y Levante, que han venido a demostrar una vez más que el pueblo español no renuncia a ser libre, ni a su dignidad, como tampoco a su derecho de ciudadanía. En estos sitios se han repetido las jornadas gloriosas de Girona, Zaragoza, Madrid, Bailén y Arapiles, demostrando de lo que es capaz el pueblo español cuando lucha por su independencia.

Cada uno de esos comisarios que han caído desde el 18 de julio de 1936 es un motivo más que suficiente para que todos ellos se sientan orgullosos de serlo, de imponerse la obligación de vencer dificultades, decaimientos, salvar los obstáculos e inconvenientes y luchar contra viento y marea, teniendo siempre la mirada fija en éstos, que dieron todo cuanto eran por la democracia, la libertad y el pueblo, que lucha y se desangra por su independencia.

Deber de todo comisario es tener siempre la vista puesta en su pasado de abnegación, de constancia en el trabajo, aun frente a personas de menos temperamento y menos formación política y, por tanto, inabundables.

Cuando los comisarios se encontraron en las puertas de Madrid sin armas y sin fortificaciones para

hacer una resistencia firme, frente a un enemigo dotado de los mejores elementos bélicos, no volvieron la vista para buscar el camino de la huida, sino, por el contrario, templaron el ánimo de los combatientes, los llenaron de odio contra los invasores, y así se explica que el fascismo y la invasión se estrellaran contra sus puertas. Estos comisarios que se improvisaron entonces jugaron quizá el papel más importante en la defensa de la capital de España, donde con corazones de españoles se alzaron murallas donde no existían y se llenó de gloria España ante el mundo entero.

Los comisarios han creado disciplina donde no la había; formaron el mando único donde sólo existían unidades llenas de arrojo, pero disgregadas, sin fuerzas para resistir las embestidas de las hordas fascistas, y pusieron al servicio del Gobierno jefes y pueblo, formando un instrumento de victoriosa defensa.

En todos los combates de estos dos años de guerra hay para los comisarios, jefes, oficiales y soldados experiencias en qué fundamentar la conducta futura. Pero ocupémonos ahora de los comisarios, que es el tema que tratamos, y acaso sea la organización amplia de su labor las improvisaciones que tuvieron que hacer en los momentos más difíciles, lo que debe ser el fundamento para el método que han de seguir.

Quizá porque nuestro Ejército ha llegado a un grado de madurez, capacitación, disciplina y moral combativa es por lo que el comisario debe dar comienzo a una nueva etapa y no creerse que ya tiene el deber cumplido.

Debe tener en cuenta el espíritu y sentimientos de nuestro pueblo y su Gobierno de Unión Nacional, que son el de la unidad, reconocimiento y gratitud hacia los que con su conducta defienden los intereses del país, sin fijarse en su filiación política y sindical.

Con el mismo interés y tesón que fomenta el odio contra los invasores y enemigos de nuestro pueblo tiene que cuidar fundamentalmente de que la disciplina sea más amplia, de la capacitación de los mandos medios y de estrechar la vigilancia.

La tarea iniciada en el deporte, higiene, cultura, etc., es un punto de partida fuerte y amplio para sus designios. Sólo en el año 1937, por la labor abnegada de los comisarios, unida con la de las Milicias de la Cultura, 75.000 soldados dejaron de ser analfabetos. En las filas militares no debe haber ningún soldado que no sepa leer y escribir. Así cumplirán uno de los mandatos del Gobierno.

Deben cuidar, igualmente, los comisarios de rodear a los combatientes del máximo de garantías para la lucha: con buenas fortificaciones, refugios, puestos sólidos de vigilancia, etc.

Misión principal del comisario debe ser superarse todos los días; conquistar la confianza de sus soldados; hacerse acreedor al aprecio, estimación y gratitud con que se les distingue ya. Preparar polí-

ticamente a soldados, jefes y oficiales para las luchas que se avecinan; para que la consigna del Gobierno de «Resistir» sea un hecho.

Con su conducta ha de demostrar que la consigna del comisario Belmonte se lleve a la práctica, para no ceder ni un solo palmo de terreno a los invasores.

Y que con nuestra resistencia enconada se supere rápidamente la etapa que conducirá a una fuerte política de conquistas, que han de terminar con la expulsión de nuestra patria de los invasores, del fascismo extranjero, enemigos del progreso y la cultura.

Así tienen que ser todos los comisarios. No serán de otro modo auténticos representantes del pueblo y de su Gobierno de Unión Nacional.

Francisco GARCIA ACOSTA

Con la tijera Prensa de ayer...

La lucha contra el fascismo invasor nos hace vivir tan aceleradamente que casi no apercibimos el correr de los días, y el ayer nos parece tan lejano que apenas si recordamos de él. Hemos considerado oportuno refrescar nuestra memoria leyendo prensa atrasada y... ¡cuántas sorpresas! Los que ayer decían una cosa hoy se expresan de modo opuesto. Las conductas de hoy no concuerdan con las palabras de ayer. Pero dejemos los comentarios al lector y nos limitaremos a reproducir textos.

Vemos y leemos en «Ahora», fecha del sábado 6 de febrero de 1937, el fondo siguiente:

«En la juventud española no caben cobardes»

Se ha repetido mil veces que nuestra guerra había adquirido, con la presencia de tropas extranjeras, el carácter de guerra nacional. Es decir, que España, todo el pueblo español, está en guerra por su independencia contra un ejército invasor que ataca nuestro territorio nacional, auxiliado por los traidores, que dejaron de ser españoles al vender nuestra tierra al extranjero. Si todos aceptamos esta cosa tan clara, ¿por qué no aceptamos también la obligación que tienen todos los españoles de defender su patria? Todos debemos sacrificarnos por nuestra independencia. No es justo que mientras los españoles de más entusiasmo, que mientras la juventud de más arrojo y más consciente lucha en el frente, haya otros que en la retaguardia vivan al margen de la guerra, como si la cosa no fuera con ellos también.

La juventud combatiente, con mucha razón, ve en esto una injusticia. La juventud combatiente no pelea en las filas de un Ejército de esclavos que van a defender los intereses de sus amos, como en las guerras imperialistas. La juventud combatiente, nuestros gloriosos soldados voluntarios, no defienden los intereses suyos solamente, sino que defienden los intereses de todos los españoles, los

intereses de la patria. Y como es justo, no les parece bien que haya quien espere con los brazos cruzados a que le sirvan el triunfo en bandeja. El triunfo cuesta sangre, cuesta sacrificios que deben compartir todos los españoles. Y como esto lo comprenderá todo buen español, todo hombre con dignidad, no hay ningún obstáculo que se oponga a que, para salvar la patria, el Gobierno decreta el servicio militar obligatorio. Un Gobierno imperialista lo habría impuesto para hacer una guerra injusta. Nuestro Gobierno democrático debe imponerlo porque le asiste la razón y porque así lo quiere la juventud española y los combatientes de las trincheras.

Nuestra brava juventud, que generosamente entregó su sangre por la independencia de España, no quiere cobardes, no quiere «remolones». Y el joven que se oponga al servicio militar obligatorio, que no habrá ninguno, es un cobarde.»

Hace más de año y medio que se escribió el artículo que hemos transcrito de «Ahora», y salvo lo del servicio militar obligatorio, que no solamente es un hecho hoy, sino que también en aquella fecha existía — decreto del ministerio de la Guerra, dado por Largo Caballero, de fecha 29 de octubre de 1936, militarizando a todos los varones de veinte a cuarenta y cinco años —; a pesar del tiempo transcurrido, repetimos, tiene una actualidad incuestionable. El citado artículo es ¡magnífico! Ese es el espíritu de la juventud y de todos los españoles que, de verdad, quieren la independencia de España. No puede haber «camoufflajes» cuando llega la hora de cumplir con el deber; muy al contrario, hay que sentirse orgullosos de poder combatir al fascismo no sólo en nuestro trabajo de retaguardia, sino también, llegado el momento, cumpliendo con nuestros deberes militares.

Y puestos a revisar colecciones de periódicos atrasados, hemos visto en «Orientación Socialista», número 11, de Madrid, de fecha 9 de octubre de 1937, un cuento que, aunque lo parece, no lo es, según dice, y que también juzgamos interesante reproducir:

«Parece cuento, pero no lo es. Las quintas movilizadas y los «quintos de cuota»

Por algunos sectores se inició una campaña muy acertada, sin duda, ya que tuvo colaboradores, de la necesidad de movilizar quintas. Para ello se hablaba todos los días del honor que supone el empuñar un fusil, el defender nuestras sacrosantas libertades en los frentes de combate, etc. Y al tiempo que se hablaba, se escribía y se editaban carteles, algunos de extraordinario mérito artístico.

Como ello era natural, tuvo su repercusión en las altas esferas gubernamentales; se recogió la iniciativa, que ya era una necesidad. Se decretaron las movilizaciones de algunas quintas, dando comienzo inmediato a la incorporación. Se suprimen las inutilidades totales, que pasarán a ser calificados aptos para servicios auxiliares, a excepción de los comprendidos en el nuevo cuadro de excepciones.

Pasa un mes y otro mes, y Luis, Isidro, Claudito, Santiago, José, Federico y algunos otros cuyos nombres no suenan de «ahora» y con alguna «claridad», pero que no recordamos, seguían escribiendo y hablando del honor que significaba la incorporación. La propaganda surtía sus efectos y la flor de la juventud, pertenecieran o no a las quintas movilizadas, se entregaba en las Cajas de Recluta.

Un día, la Central sindical a que pertenecen nuestros protagonistas dice que los Sindicatos no deben amparar emboscados; por el contrario: obligar a la incorporación de los afiliados comprendidos en las quintas movilizadas. Los Sindicatos dan instrucciones, adoptan medidas para impedir trabajar a los comprendidos en tal situación y los «quintos» van entregándose en las Cajas.

En tanto, Luis, Isidro, Claudito, Santiago, José, Federico y algunos otros cuyos nombres nos suenan de «ahora» y con alguna «claridad», pero que no recordamos, seguían escribiendo y hablando del honor que significaba la incorporación. ¡Tan bien se realizaba la propaganda! ¡tanta influencia causaba en las masas!, que ya éstas se interesan en la movilización, comprenden la razón y la justicia de que todos los comprendidos en la misma edad, sin distinciones de ninguna clase, han de incorporarse al Ejército para realizar la función que se les encomiende, y quien tenga facultades para empuñar un fusil, a los frentes; quien legalmente esté reconocido como exceptuado para el servicio de línea, por encontrarse comprendido en el cuadro de excepciones, a cumplir el servicio militar que se le designe. Y las masas comienzan, por su parte, a terminar con los emboscados. Ya no son los Sindicatos, sino los propios trabajadores quienes repasan los talleres y recuerdan que Fulano, desde que comenzó la guerra, no trabaja por estar de «responsable» en algo; que Mengano, desde que comenzó la guerra, no trabaja por dedicar todas sus actividades a hablar y escribir cantando las glorias y honores de los que, de verdad, van a la guerra—alguien comenta que, cuando escribe o habla Mengano, dice: «... ayer "ganamos" tanto...»; «... hoy y "hemos" conquistado cuanto...»; «... cuando "tomamos" tal posición...»; y llama la atención no haber conocido a Mengano otro «raid» que el de Madrid-Valencia y, más tarde, viceversa—. Pese a los comentarios de los envidiosos del chico, todo cuanto habla y escribe es «claridad». Pues... siguiendo con nuestro cuento, que no lo es, aunque lo parece, las masas, el pueblo, los trabajadores, los antifascistas puros, van recordando que Fulano y Mengano tienen tantos y cuantos años, que están comprendidos en las quintas movilizadas, pero que ellos siguen «inmovilizados», firmes en su sitio, haciendo propaganda para que «los demás» hagan la guerra, ya que cuando la «ganemos» la «hemos» de disfrutar «todos». En algún taller se contestaba un comunicado de Directiva de Sindicato diciendo: «... aquí no queda por movilizar nadie; todos los que tenían edad y facultades

para marchar al frente o trabajar en el Ejército no esperaron a que llamasen sus quintas: están luchando desde julio. Si acaso, repase esa Directiva los nombres de los que la integran por si hay alguno comprendido en la movilización...» En algún sitio se hace alusión reiterada al mismo directivo. La propaganda de movilización, secundada por las masas, sigue.

De los amigos de nuestro cuento, que lo parece, pero que no lo es, sabemos que uno, Luis, está conociendo prácticamente lo que tanto recomendó del honor de servir de verdad a la causa antifascista, militando, ¡al fin!, en el glorioso Ejército popular. A los demás, Isidro, Claudito, Santiago, José, Federico y algunos otros cuyos nombres nos suenan de «ahora» y con alguna «claridad», pero que no recordamos, les seguimos oyendo decir: «... Pues entonces, nosotros decimos, camaradas...»

Las masas deben seguir en su propaganda, para que se enteren quienes, preocupados en otros menesteres, por ejemplo: hacer la unidad dividiendo, hablan y escriben de la guerra sin hacerla.

Nuestro cuento, que no lo es, aunque lo parece, no tiene final; podrá tener continuación, pero ello ha de quedar para más adelante.—Angel Peinado Leal.»

El lector, como nosotros, se preguntará: Y los protagonistas del cuento, que no lo es, aunque lo parece — Isidro, Claudito, Santiago, José, Federico, etc. —, ¿se han incorporado ya? Porque hace más de un año que movilizaron sus quintas, y... ¡ya resulta mucho cuento!»

Angel ANDRES

Que cada combatiente cumpla más aún con su deber

Camarada combatiente: Nuestro Gobierno de Unión Nacional nos dijo: «Resistir para vencer.» Consigna que todos los combatientes del Ejército popular hemos hecho nuestra; con nuestras armas unas veces y clavados en la tierra otras, hemos cumplido con nuestro deber. Una vez más los combatientes de la República hemos demostrado al mundo entero que estamos dispuestos a defender nuestras libertades y nuestra independencia con el valor de nuestras propias vidas.

Para responder a nuestro heroísmo el Gobierno ha trazado un programa de guerra cuyo texto son los trece puntos de la victoria. Nadie, absolutamente nadie, puede regatear esfuerzos; nadie puede regatear sacrificios ni poner en evidencia el valor de nuestra vida. La grandeza de nuestra causa no admite titubeos ni pesimismo; que cada combatiente cumpla más aún con su deber, pues hoy los soldados tenemos derechos, pero mucho más deberes. Recordad los miles de héroes que valientemente han muerto en defensa de nuestra sagrada independencia y también los centenares de hombres viejos y mujeres e inocentes criaturas que han caído destrozados por la criminal metralla del fascismo nacional e internacional.

Lucharemos para vengar a tantos centenares de víctimas que du-

CARTA ABIERTA

*Estoy perplejo y no acierto
ni logro poder hacer
algo para convencer
que estoy vivo. Que no he muerto.
¡Tantos por mí han preguntado!
Otros, en su desconcierto,
me han escrito a mí (que muerto
me habían considerado).
Esto me obliga a escribir
y a decir
que no me ha ocurrido nada.
Y a esa damita enfadada,
yo le advierto
que el que escribe no está muerto.
Y sepa en lo sucesivo,
si alguna carta recibe,
que el que escribe es porque vive
o es un vivo.*

*Grande es la satisfacción
que he sentido yo estos días.
¡Aún cuento con simpatías!
¡Aún me leen por... distracción!
Una carta he recibido
y he leído
(como lei las demás),
y no he sentido jamás
satisfacción tan inmensa,
ni en mi juventud ya ida.
¡Preocuparse por mi vida!
¡Si hoy en morir nadie piensa!*

*La carta a que hago mención
no diré me ha emocionado:
me ha agradado,
porque la encuentro sincera.
Me dice que ¡se ha enfadado!
Nunca creí yo que era
digno de tal distinción.
Parece que te estoy viendo
leyendo con atención,
y veo la mutación
que tu rostro va adquiriendo
comprendiendo
que la muerte fué humorada.
Enojada
se me antoja descubrirte,
aunque no me lo dijiste,
pues no se me oculta nada.
Gracias, amable lectora;
por ahora
gozo de buena salud.
Aunque ya en la senectud
estoy muy bien conservado
(y obligado
a dar las gracias a todos
que de uno u otros modos
de mí se hayan preocupado).*

*¿Por eso te has enfadado?
No creí que mi ocurrencia
iba a agotar tu paciencia.
Perdona si he molestado.
Yo haré, para resarcirte
de ese mal rato pasado,
algo digno de tu agrado.
¡No te me pongas tan triste!,
que es necesaria la risa,
como es necesario el llanto.
(De esto último no tanto,
pero también se precisa.)
Es necesario vivir,
trabajar constantemente,
imitando a los del frente,
para el triunfo conseguir.
La vida es más necesaria
ahora que nunca ha sido.
¡Tanto edificio caído!
¡Tanta inútil maquinaria!
Animo, pues. A vivir
y a reír.
todo aquello que se pueda;
que es mucho lo que nos queda
hasta que llegue la hora
redentora
en que se acabe el sufrir.
No pensemos en morir,
que en la vida está el placer.
Y no hay vida si no hay lucha.
Tarea nos queda mucha.
¡Nos queda tanto que hacer!*

Septiembre, 1938.

Vicente ARROYO

rante veintiséis meses de guerra han caído. Hoy, más firmes que nunca, en nuestro sitio de combatientes, atentos a la voz de nuestros mandos para avanzar, sea como sea. Todos en nuestro sitio, jamás para retroceder.

¡Viva el Ejército popular! ¡Viva nuestra independencia! ¡Viva la República!

José HERNANDEZ MATEOS

Gráfica Socialista.—Trafalgar, 31.—Tel. 33481.